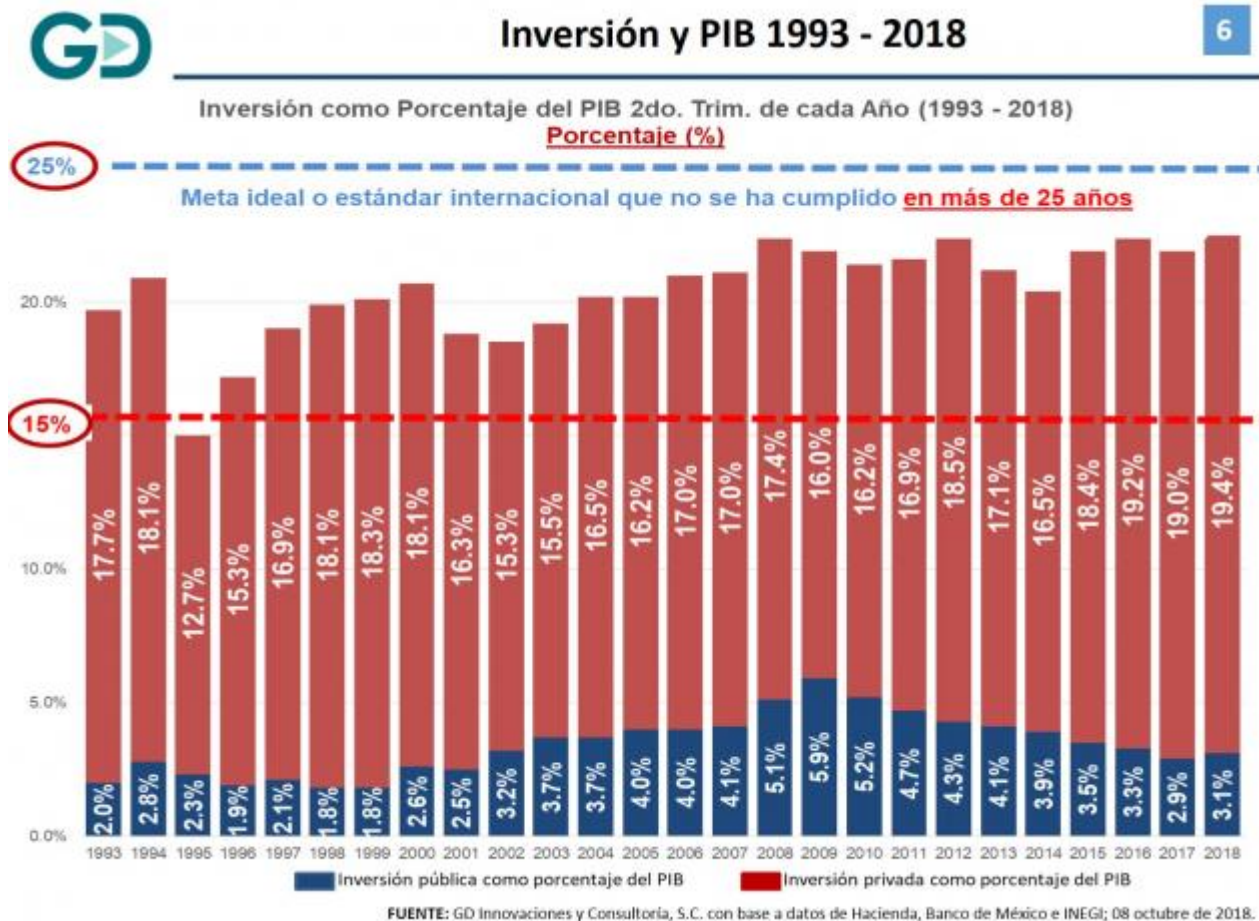


Mercado interno es la respuesta

Economía, 21/04/2019



“El único deber que tenemos con la historia es reescribirla”; Oscar Wilde.

Tenemos un serio problema con el proceso de adaptación a las reglas

de juego que siempre están en constante cambio, y por tanto, de los procesos que son más o menos cíclicos en el transcurso del tiempo. Hay quienes están “agarrados de los pelos” por lo que se está planteando López Obrador y me temo que tenemos que adaptarnos. Proponer, actuar y adaptarnos. Sin embargo, si les sirve de consuelo, no es gratuito que la lógica económica y de políticas públicas en el mundo estén, valga la expresión, “patas para arriba”.

Lo mismo en gobiernos de izquierda que de derecha, autoritarios o democráticos. Las expresiones de hartazgo de los ciudadanos han pasado de la plaza pública a las urnas y han caído gobiernos. Es verdad que el tesón de López Obrador cuenta y, sin cambiar discurso, promesas y fundamentos de crítica a los gobiernos que encabezaron al país durante los últimos 35-40 años, logró en su tercer intento llegar a la presidencia. Pero la verdad es que las condiciones económicas del ciudadano de a pie, el entorno en el que el sector empresarial del país opera, y las reglas fiscales y administrativas a las que nos sujetamos todos, a la luz de los hechos, tenían que cambiar. ¡Y vaya en qué forma!

Ahora bien. ¿Cuál es, desde la perspectiva de política pública, el gran déficit de los gobiernos federales por lo menos durante los últimos 15-20 años? ¿Cuál es su gran error y falla? López Obrador lo reduce en una sola causa y me temo que no se equivoca: la corrupción. Para muestra un botón: la formación fija de capital bruto, o mejor dicho, la inversión pública y la mezcla de ésta con el sector privado.

La inversión es la suma de los recursos que se utilizan para adquirir capital fijo con el fin de aumentar producción y/o la productividad. Se divide en pública y privada. Según los cánones, para que un país logre despuntar, tan solo la inversión

privada debe ser de alrededor de 30% del PIB nacional. En México, la inversión privada en los últimos 26 años apenas llega al 15% en promedio, y la inversión pública se mantiene 3%, en promedio. Algo que es lamentable y es un ejemplo de por qué no generamos mayores condiciones para multiplicar la riqueza. (Ver gráfica 1: Inversión y PIB 1993 - 2018).

Esto nos lleva a enfrentarnos a una realidad que es lapidaria: La actividad industrial en México padece de anemia estructural. Al cierre de diciembre 2018, estamos en niveles de septiembre 2010 (-2.8%). Es decir, nuestro sector secundario ha caído sistemáticamente durante los últimos diez años. (Ver gráfica 2: Actividad Industrial en México 2008-2018).

Si el país no entra en una dinámica de inversión que permita generar capacidades regionales y locales de desarrollo, difícilmente saldremos del crecimiento económico inercial de 2% (o menos) al que ya nos acostumbramos por lo menos en tres décadas. Sí, es verdad que no debemos cerrarnos al comercio mundial y menospreciar las oportunidades que nos brindan los diferentes tratados y acuerdos comerciales de México con el resto del mundo. Tenemos una industria manufacturera pujante (automotriz), sectores de alta tecnología en estados ciudades y regiones que se adaptaron rápidamente al flujo del comercio mundial; sin embargo, también tenemos una seria deuda con estados, regiones y municipios que son eminentemente agrícolas, ganaderos o preponderantemente fuertes en el sector servicios.

El mundo y la historia son cíclicos. En materia económica lo estamos observando. No es un problema solo de México. En términos de política pública debemos saber cuándo y cómo mover los hilos de la inversión nacional. Es momento de crecer y enfocarnos en la economía interna sin descuidar el mercado de exportación del cual, hay que decirlo, no tenemos la certeza, la seguridad y tampoco la garantía de que será eterna.

@leon_alvarez